



Las tres crisis del Inca Garcilaso de la Vega

Mario Castro Arenas

La primera crisis



A los 13 años de edad se le desmoronó el mundo familiar al cusqueño Garcilaso de la Vega. Por disposición real, su padre fue obligado a desembarazarse de su madre indígena, la ñusta doña Isabel Chimpu Ocllo, sobrina de Huayna Cápac, prima de Huáscar y Atahualpa y nieta de Túpac Yupanqui. Doña Isabel recibió de la corona la misma retribución de ingratitud y desengaño que Doña Marina la Malinche, concubina de Hernán Cortés y de la amante indígena de Pedro de Alvarado. Todas las aristócratas indígenas que llenaron con amor la soledad sentimental de los conquistadores y fundaron familias con ellos, padecieron este injusto ostracismo debido a ordenanzas reales en las que el racismo institucional de la monarquía española disolvió emparejamientos plurirraciales de hecho. Hubo españoles que fueron obligados a desposar españolas que ellos no habían elegido como compañeras, pero que conservaron la relación carnal con mujeres indígenas. El cerebro de los asesores del rey no conoció las razones del corazón de los conquistadores.

Es de justicia reconocer que si Cortés, Alvarado, de la Vega y muchos otros capitanes aceptaron, de buen o mal grado, las disposiciones reales, innumerables soldados españoles no regulados por la corona en tan íntimo aspecto de sus vidas, aceptaron como esposas a indígenas forzadas antes a la separación. Así fue que doña Isabel Chimpu Ocllo contrajo enlace con Juan del Pedroche, español sin alcurnia, con el cual tuvo dos hijas. También el soldado Mancio Sierra de Leguisamo, y el cronista Juan de Betanzos, entre otros hispanos de la primera y la segunda generación de la conquista, tomaron consortes indígenas por propia elección hasta su muerte.

El joven Garcilaso entendió que la separación conyugal no era por voluntad de su padre sino por motivos políticos que debía acatar, si no quería privarse de sus bienes y sufrir los rigores de la desobediencia al rey. El legalismo jurídico occidental le hirió entonces y continuó perjudicándolo a lo largo de su vida. Por ello siguió conviviendo con su padre, situación que no se alteró con la llegada de la española Luisa Martel de los Ríos, su madrastra.

«Aunque no hubiera ley de Dios que manda honrar a los padres, la ley natural lo enseña, aún a la gente más bárbara del mundo, y la inclina a que no pierda ocasión en que pueda acrecentar su honra», ob. cit. 820, escribió el Inca Garcilaso de la Vega a modo de explicación del afecto y admiración que sintió por su padre, descendiente en línea recta de Garcipérez de Vargas, Gómez Suárez de Figueroa (cuyo nombre él adoptó), primer conde de Feria, de Íñigo López de Mendoza, Alonso de Vargas, señor de Sierra Brava, y de Alonso de Hínestroza de Vargas, señor de Valdesevilla, su padre, y de otros ilustres antepasados de la vía paterna.

Su padre llegó al Perú, formando parte de la expedición capitaneada por el Adelantado Pedro de Alvarado, quien salió de Guatemala burlando disposiciones reales sobre el derrotero del viaje -las islas Molucas- para intentar apoderarse del reino de Quito y de alguna otra porción del imperio. El capitán Garcilaso de la Vega, curtido en guazábaras con aztecas y mayas, fue canjeado con otros soldados y galeones por cien mil pesos de plata que Francisco Pizarro entregó a Pedro de Alvarado para que abandonase el reino de Quito y se alejara para siempre del territorio incaico. La gente de Guatemala, desilusionada por las maniobras crematísticas de Alvarado, convirtiendo a nobles hidalgos en moneda de canje, decidió quedarse en la tierra peruana, presintiendo su destino.

No fue precisamente una entrada de lujo en la escena de la conquista, pero su espada vino al pelo en momentos que los Pizarro y los Almagro disputaban la supremacía.

El capitán Garcilaso captó simpatías y respeto en el clan Pizarro por su talante aristocrático y porque era soldado templado. Encajó bien entre los vecinos del Cusco y desempeñó la alcaldía con la holgura de su mesa siempre puesta con manteles para veinte comensales.

Pegado a las espuelas de su padre, el niño mestizo lo vio como una mezcla de titán pero de víctima por su lealtad personal. «La Oración Fúnebre de un religioso a la muerte de Garcilaso, mi señor» que transcribe en la segunda parte de los Comentarios Reales, parece obra de su pluma por la nostálgica emotividad de la admiración por el capitán: **«Qué lengua podrá contar los trabajos que padeció, los peligros a que se puso, el hambre, sed, cansancio, frío y desnudez que padeció, las tierras nunca vistas que anduvo y las inmensas dificultades que venció»**, ob. cit. 821. Garcilaso hace el recuento de las hazañas de su padre, desde el apoyo que dio a Francisco Pizarro cuando estuvo cercado en Lima por las huestes belicosas de Manco Inca (pidió ayuda a su pariente Hernán Cortés, temiendo perder el reino) hasta su participación en la expedición de Gonzalo Pizarro de conquista del Collao y los Charcas; desde su papel en la batalla de Chupas **«de donde salió muy mal herido»** peleando en el bando de Vaca de Castro, contra Almagro, hasta su actuación en la batalla de Xaquijaguana, actuación dudosa a juicio de los asesores del rey, pero leal y esforzada, según los ojos de Garcilaso.

Ninguna de las actuaciones militares y personales del capitán Garcilaso mitiga la admiración que sintió el inca por su padre, ora como soldado, ora como hombre de bien. Retuvo en la memoria el episodio del ataque a la casona familiar por gentes de Gonzalo Pizarro cuando allí residía el capitán con la ñusta doña Isabel Chumpi Ocllo y sus dos hijos. Según el cronista, **«los hijos corrieron grande riesgo de ser degollados, y perecieran de hambre si los Incas y Pallas no les acudieran de secreto, y sin que un cacique vasallo suyo, llamado Don García Pauqui, no les diera cincuenta hanegas de maíz, con que se sustentaron ocho meses que les duró la persecución.»** ob. cit. 826.

Sin embargo, en el recuento de las bondades del capitán, no menciona explícitamente su amor a la ñusta doña Isabel. El cronista ubica a su madre entre los miembros colectivos de la familia, mas es reticente en el tratamiento del amor entre sus padres, señal tácita del estrago espiritual que le produjo la separación impuesta. El cronista encandila con los fuegos de la retórica en loor de su padre y se refrena en el sentimiento por su madre, a la que dedica una línea por aquí, otra línea por allá. ¿Pudor quechua? ¿Recato para no expresar el dolor que le perforó el hueso íntimo? Es probable que el matrimonio de su madre con otro español le abriera otra herida secreta al espíritu hipersensitivo del adolescente cusqueño, pues ello anulaba alguna posibilidad de reencuentro y sellaba el desgarramiento. En 1557, el cronista frisaba los 18 años. Su padre pensó en el retorno a España. Los achaques físicos le retuvieron. El capitán entendió que debía redactar su testamento, en el que a su único hijo (las hijas con la Martel murieron niñas) le dejó cuatro mil pesos de oro y de playa ensayada para sufragar sus estudios en España, además de una chacra de coca en Paucartambo. A la muerte de su padre en 1559, pasó al cuidado de Antonio de Quiñones, casado con una hermana de Luisa Martel, y pudo pasar más tiempo con su madre y escuchar las pláticas quejumbrosas de los viejos incas sobre el imperio perdido.

Fue ésta la primera crisis de Garcilaso de la Vega.

Pero en esta etapa de la desaparición de su padre español, empieza a incubarse el historiador futuro del imperio incaico. En las reuniones semanales con sus parientes cusqueños en casa de su madre, Garcilaso recibió y acumuló en la memoria las pláticas sobre el origen del imperio, **«de las grandezas y prosperidades de las cosas pasadas ... lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Estas y otras semejantes pláticas tenían los incas y pallas en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acabando su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: trócesenos el reinar en vasallaje. En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de sus fábulas».**

En este mismo período, el joven Garcilaso abrió su capacidad de retentiva para conservar las historias, conjuras, complots, recuerdos de guerra y anécdotas de vivac que oyó en las sobremesas regadas de vino de los vecinos y señores del Cusco, que afluían a la casona del capitán. Pero, además, también concurrió a nutrir su carcaj de historiador en ciernes su conocimiento personal de muchos protagonistas y personajes secundarios de la vida española, algunos de los cuales se trocaron de amigos a villanos por las posturas y conductas que asumieron en momentos climáticos de sus coyunturas, a saber, Lope de Aguirre, Sebastián de Castilla, Francisco Hernández Girón, Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro, y todo el retablo de cristianos viejos que pululaba por las

veredas del Cusco y sus alrededores y que reaparecen en páginas de los Comentarios Reales.

A los veinte años de edad Garcilaso estaba preparándose para escribir la historia de los incas y las guerras civiles españolas casi únicamente sobre la base de recuerdos.

La segunda crisis



Cumpliendo las disposiciones testamentarias de su padre, Garcilaso dejó el Cusco y viajó a España en enero de 1560, sin saber que no volvería jamás y que, en consecuencia, sus archivos memorísticos sobre los incas(más la red de condiscípulos cusqueños que le escribían a España) y los españoles amigos o adversarios de su padre constituían el repositorio histórico que le serviría para disipar los malos entendidos sobre sus antepasados. Abrigaba la esperanza de obtener allá las mercedes que presumió le correspondían por los servicios de su padre en América.

Pero, luego de dos años de preparación de la presentación del expediente de probanzas, el Presidente del Consejo de Indias Lope García de Castro, le hizo comprender con amargura una dura lección sobre la importancia de la veracidad histórica.

El implacable abogado negó las mercedes que pretendía el joven hijo del capitán Garcilaso de la Vega por las virtudes militares que desplegó en selvas y serranías, en desiertos y lodazales, al servicio de la corona, arguyendo que había prestado su caballo Salinillas en la batalla de Huarina al rebelde Gonzalo Pizarro. «... **el Licenciado Lope García de Castro (que después fue por Presidente al Perú), estando en su tribunal me dijo: "¿Qué merced queréis que os haga Su Majestad, habiendo hecho vuestro padre con Gonzalo Pizarro lo que hizo en la batalla de Huarina, y dándole aquella tan gran victoria?" Y aunque yo repliqué que había sido testimonio falso que le habían levantado, me dijo: "Tiénelo escrito los historiadores ¿ y queréislo vos negar?"**», ob. cit. 536.

Fue ésta la segunda crisis de Garcilaso de la Vega.

La verdad oficial volvió a arrastrarlo y a estrujarlo. Antes, la verdad del rey decidió su destino, ordenando con frialdad que se interrumpiera la convivencia de sus padres y que él mismo quedara sentimentalmente casi al garete. Ahora, el Consejo de Indias, la instancia más elevada sobre asuntos del nuevo mundo, no sólo le negaba recompensas materiales sino que empañaba la hoja de servicios de su padre, basándose en la historia escrita por quienes no habían pisado tierra peruana y que no presenciaron el episodio del beau geste de su padre, cuya nobleza de conducta no se rigió por azares coyunturales así le fuera la hacienda en ello.

El Palentino, quien llegó al Perú después de la batalla de Huarina, decidió el destino del mestizo con estas palabras: «**Fue en este encuentro derribado Gonzalo Pizarro y Gracilazo (que había quedado en la silla) se apeó y le dio su caballo y le ayudó a subir; y el Licenciado Cepeda estuvo rendido**».

Por su parte, Gomara, quien escribió su Historia «con el aplomo de los que no conocen la duda», recibió la versión de algún español y sentó que «Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo». Cuando el cronista peruano leyó este pasaje de Gomara, anotó al margen **«Esta mentira me ha quitado el comer, quizás por mejor»**.

De esta manera contundente la negativa de quien sería años más tarde Presidente del Perú le dejó librado a su suerte en España al desilusionado mestizo. Una disposición real autorizando el paso al Cusco de Gómez Suárez de Figueroa (nombre de un ilustre antepasado que él adoptó) lleva a conjeturar que la respuesta de García de Castro, motivó a Garcilaso a volver al Perú. Sin embargo, decidió respetar la decisión de su padre de residenciarse en España para fortalecer sus frágiles estudios en el Cusco o quizás los parientes de su padre, que le tuvieron afecto, le disuadieron del regreso. En la mente del mozo peruano quedaron grabadas, cual marca de hierro candente, las palabras del Presidente del Consejo de Indias, definiendo la frontera entre la historia oficial y la historia real de los sucesos.

En la segunda parte de los Comentarios Reales, el cronista escribió un brioso alegato sobre la compleja situación de su padre ante la rebelión de su amigo y compañero de armas Gonzalo Pizarro, una situación que arrastró a numerosos capitanes y oidores a una muy delicada dilucidación de los conceptos de lealtad y deslealtad en los derechos de los conquistadores a las encomiendas. Normas formalistas dictadas por una monarquía parapetada detrás de la defensa de los derechos humanos de los nativos, invocados sinceramente por Fray Bartolomé de las Casas y los religiosos dominicos.

Durante el proceso del expediente, Lope García de Castro usó como argumento principal de su negativa a las reclamaciones del Inca Garcilaso a las versiones de algunos cronistas sobre la entrega de la cabalgadura del capitán Garcilaso a Gonzalo Pizarro en la parte final de la batalla de Huarina, particularmente la versión del cronista Diego Fernández El Palentino. El Palentino no se limitó al episodio del caballo Salinillas. En su respuesta a la sexta objeción de Fernando Santillán, insiste en el cargo contra Garcilaso, sosteniendo **«es cosa muy cierta y clara que justificara a Garcilaso de la Vega que había hecho cosas tan señaladas siendo rebelde, y que siempre se había hallado con Gonzalo Pizarro en Quito y en Guaxina, y que fue causa de vencer Gonzalo Pizarro a Diego Centeno, y fue secuaz del tirano hasta que estuvo el en un campo a vista del otro en Xaquixaguana, al tiempo que también se pasó el licenciado Cepeda, que fue entonces por su ventaja, y lo mismo hiciera el presidente de Antonio Quiñones»**, Fernández Diego, vecino de Palencia, *Historia del Perú*, 95.

En la serena madurez de su vida, cuando ya no le interesaba replantear algún reclamo de mercedes al Rey, el Inca Garcilaso emprendió la defensa histórica de la conducta de su padre frente a los versiones de El Palentino y López de Gomara y el célebre reproche de García de Castro. Ya no era el alegato del vasallo tras la búsqueda de compensaciones materiales por las hazañas de su padre sino el historiador que escribía sub *especiae eternitatis*. Garcilaso reconstruyó los antecedentes y los hechos mismos de la batalla de Huarina y expuso su punto de vista sobre el dilema de los capitanes amigos de guazábaras y tertulias con Gonzalo Pizarro a los que el levantamiento de éste contra la autoridad real situó en el laberíntico trance de dilucidar

su posición en una coyuntura en la que muchos capitanes y oidores se jugaron la vida, la honra y la hacienda.

La ejecución del virrey Blasco Núñez, por su intento de ejecutar las Leyes de Indias, trasuntó la resolución de los conquistadores de considerar el separatismo en defensa de sus encomiendas. Carlos V estaba enredado en la lucha contra los luteranos alemanes y comisionó a Felipe II el tratamiento de las alteraciones del Perú. El Príncipe reunió un conjunto de asesores laicos y religiosos de primer nivel para examinar la crisis desatada por **«las leyes y ordenanzas que se habían hecho a título del bien universal de los indios y de los españoles del Perú se hubiesen trocado tan en contra que hubiesen sido causa de la destrucción de los unos y de los otros, y de haber puesto el Reino en contingencia de que el Emperador lo perdiese»**, ob. cit. 462.

Los asesores eligieron al Presidente Pedro de la Gasca, clérigo del Consejo de la General Inquisición, personaje de aspecto contrahecho, bufón escapado de una pintura de Diego Velásquez a quien Garcilaso conoció después admirando juegos de caña en el corredorcillo del balcón de la casona de su padre en el Cusco. Lo que faltaba a de la Gasca en lo físico, compensábase en astucia y talentos. **«Era muy pequeño de cuerpo, con estraña hechura, que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquier hombre alto, y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando a caballo parecía aún más pequeño de lo que era, porque todo era piernas; de rostro era muy feo. Pero lo que la naturaleza le negó de los dones del cuerpo, se los dobló en los del ánimo»**, ob. cit. 464.

Esta es la magistral pintura de la prosa del cronista cusqueño.

Detalla Garcilaso la habilidad del Presidente La Gasca en ir tanteando el terreno desde que llegó a Nombre de Dios y verificar quién era gonzalista y cuál de este bando podía pasar al pendón del rey. El cronista recurre a las crónicas de Agustín de Zarate, Gomara y El Palentino, con impecable objetividad, para reconstruir los sucesos. Fluye de la versión de los citados cronistas cómo en un momento el Rey de España y Gonzalo Pizarro se trataron casi como iguales, intercambiando embajadores y mensajeros para el conocimiento cabal de sus posturas.

La Gasca envió a Pedro Hernández Paniagua, regidor de Plasencia, para que en el Perú entregara a Gonzalo sendas cartas suyas y del Rey. La misiva del monarca aceptaba algo sinuosamente que Blasco Núñez había aplicado las leyes de Indias con aspereza y rigor **«sin admitir suplicación ninguna»** y lo exhortaba a cumplir las instrucciones remitidas a través de La Gasca. Y la carta de éste anotaba que **«me mandó (Su Majestad) venir y pacificar esta tierra con la revocación de las Ordenanzas de que para ante él se había suplicado, y con poder de perdonar en lo sucedido y tomar el parecer de los pueblos en lo que más conviniese al servicio de Dios y bien de la tierra y beneficio de los pobladores y vecinos della»** ob. cit. 474.

Francisco de Carvajal celebró las cartas y con su gracejo singular propuso **«que se elijan nuevos embajadores que vayan al Presidente con la respuesta, y lo traigan en hombros a esta ciudad y le enladrillen los caminos por do viniere con barras de plata y tejos de oro»**

El Licenciado Cepeda recibió la propuesta con elaborado escepticismo **«porque las promesas eran de palabra y que de los poderosos era no cumplirlas cuando se les antojaba»** y Gonzalo siguió su criterio. Se convocó a cabildo de españoles y de indios para conocer sus pareceres sobre las cartas y allí otra vez explicó Carvajal que encontraba provechosa la propuesta real de revocar las Ordenanzas y perdonar la desaparición del virrey Núñez. Gonzalo y Cepeda, que temían perder fuerza política si se avenían a la propuesta, desecharon el buen juicio de Carvajal, enrumbando el cabildo a posiciones de incredulidad. Entretanto, Paniagua recibió visitas sigilosas de partidarios de Gonzalo que manifestaban su disposición a seguir al rey y alejarse del rebelde. Ignoraban los intrigantes que Paniagua guardaba un arma secreta: la confirmación real de la gobernación de Gonzalo. Tentado estuvo Paniagua de referirle a Gonzalo la proposición del rey, pero prefirió callar, probablemente, al calor de las murmuraciones de los oportunistas. Después lamentó su silencio.

Alentado por la ambición de poderío, Gonzalo dirigió una carta algo arrogante al rey en la que repetía sus servicios a Su Majestad y los envíos de oro a costa de su peculio y de sus hermanos Hernando y Francisco. Desconocía el rebelde las traiciones que se gestaban en la sombra y que su fortaleza militar era apariencia. Pues los que argüían el rechazo de la propuesta del rey esperaban instantes de indecisión para pasarse al lado real. Solamente Carvajal lucharía a su lado hasta el desenlace final. En poco tiempo cundió, de sur a norte, entre los españoles, para maleficio de Gonzalo, que el rey prometía la revocatoria de las Ordenanzas y el perdón general de los opositores a ellas. De esta manera se tejió el resquebrajamiento de la adhesión al rebelde, ingenuo en aceptar las protestas de lealtad de gente tan tornadiza como el Licenciado Cepeda.

Entretanto, en Panamá, la misión de los embajadores gonzalistas se trocó en comedia de equivocaciones. Lorenzo de Aldana, Hernán Mejía y Pedro de Hinojosa, embajadores gonzalistas, dieron obediencia al Presidente Gasca no más arribar a Panamá y le entregaron las naves en las que habían viajado. Gasca nombró capitán general del ejército real a Pedro de Hinojosa y empezó a reunir armas, bastimentos y caballos, preparándose para responder a Gonzalo. Otro de los validos de Gonzalo, Lorenzo de Aldana, se puso al mando de la flota real y zarpó rumbo a Los Reyes. Aumentaban, al mismo tiempo, las penurias navales de Gonzalo: por sugestión del inestable Cepeda, prendieron fuego a cinco navíos suyos surtos en la bahía del Callao, pretextando impedir partidas clandestinas de los desleales. Francisco de Carvajal lamentó la ocurrencia, advirtiendo que Gonzalo seguía malos consejos que, poco a poco, carcomían su poderío militar. Otro extravagante consejo de Cepeda fue organizar un ejército de leguleyos para incoar proceso criminal contra Gasca y los ex gonzalistas, juzgándolos en ausencia. Carvajal, que había catado la ponzoña de los consejos de Cepeda, se burló del juicio y no faltaron quienes señalaron a Gonzalo los inconvenientes de amenazar de muerte a un clérigo como Gasca antes de haber siquiera intentado su captura.

Mientras Lorenzo de Aldana avanzaba por mar en medio de tropiezos de abastecimiento en la costa norte, Diego Centeno, otrora allegado a Gonzalo, emergió de las cuevas donde estuvo refugiado, y se hizo fuerte por tierra con una recluta no organizada por él, sino valiéndose de la promesa de revocatoria de las Ordenanzas y de ardidés para tomar el Cusco sin disparar un arcabuz. Menudeaban deserciones de capitanes y gente principal que huían a incorporarse a las crecientes huestes, por tierra y por mar, y se plegaban al bando del rey, al conocer la promesa de la revocatoria y el

consiguiente perdón. No demoró Lima en plegarse a Gasca y de solemnizar su adhesión al rey, a pesar de rumores de la proximidad de las huestes de Gonzalo, quien, en verdad, estaba a leguas de distancia, buscando las huellas del general Diego Centeno por las cercanías del lago Titicaca. A medida que Gonzalo ordenaba la partida de diversos grupos militares, se fragmentaban sus fuerzas por las deserciones. Quedó así con alrededor de doscientos hombres frente a la triplicación de las fuerzas de Centeno. Al parecer, según Zarate, existió un intento de conciliación entre ambos amigos convertidos en adversarios de armas. Gonzalo escribió a Centeno, recordándole los favores recibidos de su hermano Francisco y las campañas que habían compartido en la conquista del Collao y las Charcas. La propuesta específica era que se juntaran y reflexionaran lo que mejor les convenía. Centeno respondió con hidalguía, reconociendo las mercedes recibidas de los Pizarro, pero insistiendo en aceptar la propuesta del rey, para lo cual se ofrecía como padrino del armisticio con el Presidente Gasca. Al propio tiempo, Centeno aprovechó el mismo mensajero de las cartas intercambiadas con Gonzalo, para que le llevara otra epístola a Gasca, refiriéndole que lo tenía cercado en la sierra sur, con refuerzo de soldados de Pedro de Valdivia que había dejado la conquista de Chile para acudir a los disturbios entre españoles en Perú. Finalmente los ejércitos se desplazaron hasta encontrarse frente a frente en Huarina.

La excelente descripción de la batalla distingue dos fases de la misma: una en que la experiencia de Francisco de Carvajal permitió que la artillería de Gonzalo sacara provecho de su instrucción de no disparar hasta no tener muy cerca al enemigo, diezmándolo al punto de acortar las diferencias numéricas. La segunda fase correspondió a la caballería -aspecto que a Garcilaso interesa deslindar. Atendiendo a los estragos que provocaba Carvajal al mando de la artillería, el maese de campo Luis de Ribera ordenó una carga sorpresiva a los jinetes de Centeno, llevándose de encuentro a los de Pizarro, incluyendo a Gonzalo que cayó a tierra. Tres jinetes de Centeno, Francisco de Ulloa, Miguel de Vergara y Gonzalo Silvestre, el soldado cuya intervención en la Florida sirvió al cronista para escribir su obra, salieron en pos de Gonzalo, pero éste se defendió bravamente, descargando mandobles con hacha corta contra los jinetes, para descabalarlos y obligarlos a poner pie a tierra. Acudió el escuadrón de infantería a proteger a Gonzalo, quien combatió todo el tiempo de pie.

La versión del cronista mestizo, basada en la crónica de Agustín de Zarate, amparada ésta a su vez en la relación de Rodrigo Lozano, vecino de Trujillo, y en su conocimiento directo de los acaecimientos, rebate el cargo del caballo Salinillas. Acogiendo la versión del soldado Gonzalo Silvestre, antigonzalista, pormenoriza Garcilaso que en esa refriega de caballería quedaron muertos ciento y siete caballos. No existió, en consecuencia, el episodio del caballo Salinillas entregado por el capitán Gracilazo a Gonzalo Pizarro, según esta versión escrita por su hijo varias décadas después de los acontecimientos, luego de prolija investigación respalda por algunos protagonistas de los sucesos.

Como precisa el cronista, **«luego que Gonzalo Pizarro volvió a su real, halló en él a mi padre y le pidió el caballo Salinillas, para que curasen al suyo de la pequeña herida que Gonzalo Silvestre le dio porque tenía en mucho; y en el de mi padre dio vuelta al campo y mandó recoger los muertos y heridos que en él había» ob. cit. 531.**

El cotejo y balance de las crónicas sobre la batalla de Huarina realza por su veracidad la historia de Agustín de Zarate y, consiguientemente, avala la refutación del inca Garcilaso. El contador Zarate llegó al Perú con la comitiva del virrey Blasco Núñez de Vela y fue testigo de la pugna desatada por Gonzalo Pizarro y receptor de versiones de primera mano de los episodios en los que no estuvo presente, como el de la batalla de Huarina, así como de las tensas relaciones entre el padre del cronista mestizo y Gonzalo Pizarro.

Zarate certifica que Pizarro fue derribado del caballo en el desarrollo de la batalla, al tiempo que asegura que siguió combatiendo a pie hasta el final de la jornada, sin que nadie le «proveyese cabalgadura. No menciona en ningún momento al capitán Garcilaso de la Vega ni al caballo Salinillas. **«... de suerte que se comenzó a abril el escuadrón, y de la segunda vez se desbarató de todo punto**

Y comenzaron a huir sin orden, sin que aprovecharan las voces que el capitán Retamoso daba desde el suelo, donde estaba herido con dos arcabuces; y viendo la gente de a caballo el desbarate de la infantería, arremetió con sus contrarios, en los cuales hicieron mucho daño, y mataron el caballo a Gonzalo Pizarro, y a él derribaron en el suelo, sin hacerle otro daño... Pizarro caminó con buena orden hasta los toldos de Centeno, matando en el camino cuantos toparon; y también de la gente de Centeno dieron muchos en el real de Gonzalo Pizarro, el cual hallaron tan solo, que seguramente podían tomar los caballos y muías que allí habían dejado los soldados de la infantería, y huir en ellos, robando el oro y plata que allí hallaron». «Descubrimiento y conquista del Perú», 861.

De acuerdo al cronista peruano, el capitán Garcilaso prestó a Gonzalo el caballo Salinillas, después de la batalla, cuando volvía caminando al real, porque su cabalgadura recibió heridas en la batalla.

Asimismo, Zarate aclara la insidiosa versión de El Palentino no sólo en la ayuda del caballo Salinillas sino, principalmente, en lo que atiene a la plena participación del capitán Garcilaso en la conjura gonzalista. Cuando Pizarro tomó el Cusco, por ejemplo, el capitán Garcilaso estuvo entre los veintiocho vecinos apresados por el maestre de campo Francisco de Carvajal, al igual que Gabriel de Rojas, Melchior Verdugo, Pedro del Barco, Machín de Florencia, Alonso de Cáceres, Pedro de Manjares **«y otras personas que eran de los principales de la tierra, los cuales puso en la cárcel pública, y apoderándose della y quitando el alcaide y tomando las llaves, sin ser parte para se lo defender ni contradecir los oidores», ob. cit. 713.** Carvajal, extremando la crueldad con los prisioneros, ahorcó en un árbol a tres de ellos, colgando en la rama más elevada a Pedro del Barco, según dijo con humor negro, por ser caballero principal.

Garcilaso refiere que la casona familiar del Cuzco fue cañoneada por el terrible Hernando Bachicao; y él, su madre, y su hermana, escaparon ilesos gracias a la ayuda de parientes indios, que les suministraron maíz como alimento único para su subsistencia en el lapso que se escondieron de las iras de los pizarristas por el regalismo del capitán.

Desde la toma del Cusco, el capitán Garcilaso fue prisionero de **Gonzalo**, **«un prisionero sin libertad»**, como él se excusó ante **La Gasca**, después de abandonar el

bando de Gonzalo y ponerse bajo el pendón real en Xaquijaguana. Relata el Inca Garcilaso que La Gasca comentó al verlo pasarse a sus filas: **«Señor Garcilaso, siempre esperé que vuestra merced había e hacer semejante servicio a su majestad».** Y en tal ocasión Garcilaso, mi señor, respondió: **«Señor, como prisionero sin libertad, no he podido servir a Su Majestad, ni a Vuestra Señoría antes de ahora, que nunca me faltó el ánimo de hacerlo. «Gonzalo Pizarro, cuando se supo que se había ido Garcilaso, le pesó mucho, pero mostró no sentirlo por no desmayar los suyos», ob. cit. 571.**

Zarate confirma plenamente la versión del cronista mestizo. Sin embargo, éste, como historiador no pretende que los lectores asuman su versión como verdad única y acepta humildemente que El Palentino y Gomara pudieron haber errado sin mala fe: **«Volviendo, pues, a lo que los autores escriben de mi padre, digo que no es razón que yo contradiga a tres testigos tan graves como ellos son, que ni me creerán ni es justo que nadie lo haga siendo yo parte. Yo me satisfago con haber dicho verdad; tomen lo que quisieren, que, si no me creyeren, yo paso por ello dando por verdadero lo que dijeron de mi padre para honrarme y preciarme de ello, con decir que soy hijo de hombre tan esforzado y animoso y de tanto valor... este blasón y trofeo tomaré para mi, por ser la honra y la fama cosa tan deseada y apetecida de los hombres, que muchas veces se precian de lo que les imputan por infamia; que no faltará quien diga que fue contra el servicio del Rey, a lo cual diré yo que un hecho tal, en cualquiera parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama», ob. cit. 537.**

A la defensa de la honra de su padre, agrega Garcilaso otro aspecto de hidalguía espiritual fuera de lo común en aquellos tiempos de insidia y pasión, al tratar la huella humana de Gonzalo Pizarro y su lugarteniente Francisco de Carvajal. Los retratos de ambos transmiten su simpatía humana y tolerancia y comprensión hasta en sus desmesuras y crueldades. Y aunque el cronista defendió a su padre de una tacha de deslealtad, que fue una tacha más política que moral, no dejó de reparar en la profunda afinidad entre su padre y sus camaradas de armas. Eran conquistadores que ganaron hacienda, si bien al precio de arrebatarla a los monarcas incas y sus descendientes, pero habían arriesgado la vida y habían aportado bienes y honras a un sistema frío y deshumanizado que trataba por igual a todos ellos, sin matices ni excepciones. Al final de cuentas, el Consejo de Indias ponía en el mismo rasero al capitán Garcilaso, apresado por Gonzalo Pizarro, que a éste mismo, al momento de justipreciarlos. El desencuentro entre su padre y Gonzalo no fomentó, por ello, la parcialidad histórica, ni embotó su sensibilidad humana al juzgarlo.

Además de homenaje a Gonzalo, estas frases de Garcilaso son testimonio de su nobleza de espíritu y de esa su condición de empinarse sobre las menudencias para avistar la condición humana con mirada grande: **«Fue de ánimo noble y claro y limpio, ajeno de malicias, sin cautelas ni dobleces; nombre de verdad, muy confiado de sus amigos, o de los que pensaba que lo eran, que fue lo que le destruyó. Y por ser ajeno de astucias, maldades y engaños, dicen los autores que fue de corto entendimiento. No lo tuvo sino muy bueno y muy inclinado a la virtud y honra. Afable de condición, universalmente bienquisto de amigos y enemigos; en suma, tuvo todas las buenas partes que un hombre noble debe tener. De riquezas ganadas por su persona, podemos decir que fue señor de todo el Perú, pues lo poseyó y gobernó algún espacio de tiempo con tanta justicia y rectitud, que el**

Presidente lo alabó, como atrás se ha dicho. Dio muchos repartimientos de indios, que valían a diez y a veinte y a treinta mil pesos de renta, y murió tan pobre como se ha referido», ob. cit. 601.

La tercera crisis △

Nada parece indicar que el rechazo del Consejo de Indias a sus reclamos de mercedes, alojara amargura en su espíritu contra el sistema español de poder. Garcilaso, al contrario de ello, luego de abandonar el proyecto de retorno al Perú, humillado y vencido, empezó a insertarse en la sociedad andaluza al amparo de su tío Alonso de Vargas en la ciudad de Montilla. En 1563, avanzando en su primera juventud, como muestra de orgullo a su estirpe, de lealtad a la memoria de su padre y su ilustre antepasado el poeta toledano, cambia su nombre a Garcilaso de la Vega. El apoyo de sus parientes fue una demostración de solidaridad de gravitante influencia al sobrino de sangre española e incaica, que por sus menguados recursos, requería firme apoyo para establecerse en medio extraño, lejos del cuitado Cusco, donde envejecía su madre. Refuerza esta conjetura su alistamiento en la mesnada señorial de su pariente el Marqués de Priego para combatir a los moros en su penúltimo reducto de las Alpujarras. En esta breve campaña obtuvo, quizás algo apresuradamente, el grado de capitán, al mando de trescientos infantes, y reconocimientos de Felipe II y de su hermano bastardo Juan de Austria. Cuando se alistaba a continuar su carrera militar en la campaña de la toma de Córdoba, llegó la noticia de la muerte de su tío el capitán Alonso de Vargas. En el testamento se estableció que a la muerte de su anciana esposa doña Luisa Ponce de León, los bienes se dividirían en partes iguales entre la hermana de don Alonso y Garcilaso. Mientras soportaba la soledad y la estrechez económica en Montilla, en 1571 conoció la muerte de su madre en el Cusco, con dos años de retraso. De alguna manera, el deceso de su progenitura reavivó la nostalgia de su origen biológico e histórico, la conciencia de su pertenencia irrevocable a un pasado escarnecido no sólo por la violencia de la conquista armada sino por las deformaciones de la historia escrita desde la perspectiva española. Fue un proceso espiritual, tenue al principio, que fue forjándose lentamente, cual un reclamo interior que afloraba y asumía coherencia, como un compromiso de misión étnica, a medida que leía las crónicas españolas en algunas de las cuales los antiguos peruanos surgían como seres primitivos.

Los cuatro mil pesos de plata entregados por su padre para financiar sus estudios en España los dedicó a su manutención en el período crítico del rechazo del Consejo de Indias. El joven mestizo se lamenta de «**rincones de soledad y pobreza**». La dedicación a las armas había sido una opción económica antes que una elección afín a su temperamento. En el dilema entre la espada y la pluma, influyó la influencia de sus antepasados intelectuales que la herencia militar de su padre. Cuando las angustias económicas se apaciguaron por la herencia de su tío el capitán Alonso de Vargas, Garcilaso descartó la carrera de las armas y decidió establecerse en Córdoba, donde tendrá un tranquilo pasar y se vincularía a cenáculos literarios.

La desaparición de su madre coincide con su aproximación a sacerdotes doctos en letras. Es entonces que la conciencia de soledad, ensanchada por la muerte de la ñusta, propicia una reflexión guiada por religiosos. La crisis de ruptura con su último nex

biológico lo lleva a reconsiderar la carga de su pasado. Han muerto su padre español y su madre indígena. Ha muerto el tío Alonso de Vargas que lo protegió en sus aflicciones económicas. Garcilaso, desde la perspectiva familiar, estaba sumergido en la orfandad. Sin embargo, no está solo sino espléndidamente acompañado: de un lado, está la herencia intelectual de sus antepasados ibéricos, y del otro, la herencia histórica del pasado indígena. Su mayor riqueza es de índole espiritual. Y es así que su contacto con historiadores y poetas, con filólogos y teólogos, le lleva a buscar lecturas que no había hecho de joven, acuciado, como debió estar, por la subsistencia cotidiana y a fortalecer sus conocimientos y su instrumento expresivo.

Estimulado por sus amigos religiosos, llena sus horas vacías de señor de la tierra con la traducción de la obra de un filósofo hebreo, perteneciente como él a una raza desdeñada. En la dedicatoria a Felipe II, empleó por primera vez el apelativo de Inca, testimonio del orgullo de su origen. No reniega de sus ilustre ancestro español. Sólo pone en pie de igualdad la reivindicación de su origen indígena, de su condición de mestizo. Tiempo después, el reencuentro con el soldado español Gonzalo Silvestre, que conoció a su padre y combatió en la batalla de Huarina bajo el pabellón real, lo transporta de los delirios platónicos del «Diálogo del Amor» al reencuentro con el Perú.

Básicamente, las conversaciones con Silvestre las utiliza para reconstruir la saga de Hernando de Soto en la Florida, pero hay un filón de reminiscencias del achacoso anciano sobre el Perú que lo impulsa a la recuperación de sus propios recuerdos. Por otro lado, el hallazgo del manuscrito del presbítero mestizo Blas Valera sobre el pasado peruano, **«que escribía la historia de aquel imperio en elegantísimo latín»**, refuerza su disposición a escribir una historia que rectifique los errores patentes en los cronistas españoles. Así lo manifiesta de puño y letra en el proemio al lector de los Comentarios Reales: **«Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú y la de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la relación entera que dellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas; de las cuales como natural de la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel imperio, tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado. Verdad es que tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo, opero escribenlas tan cortamente que aún las más notorias para mí (de la manera que las dicen) las entiendo mal. Por lo cual, forzado del amor natural de la patria, me ofrecí al trabajo de escrebir estos Comentarios, donde clara y distintamente se verán las cosas que en aquella república había antes de los españoles, assí en los ritos de su vana religión como en el gobierno que en paz y guerra sus Reyes tuvieron, y todo lo demás que de aquellos indios se puede decir, ¿ende lo más ínfimo del ejercicio de los vasallos hasta lo más alto de la corona real»**, ob. cit.

Reencuentro con su madre, que es su pasado, los Comentarios Reales liberaron la soledad del mestizo en España, rehabilitando la verdad oída a sus antepasados indios sobre el imperio que su padre ayudó a conquistar.

Es anagnórisis de su origen, recuperación de identidad y profecía de un destino.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

